

Raíces: 1550

Se estremeció el fuerte de Penco. Tucapel había logrado entrar. No había tiempo para mirar el océano...

Macana en mano, en lo alto de la muralla, araucano pleno, Tucapel arengaba con gritos y con hechos a sus hombres. No tenía tiempo para mirar los alerces... Rotas las picas, destruyendo petrechos, fracturando líneas, había logrado alcanzar el fuerte. Tucapel Toqui, entre arcabuces, fosos y soldados españoles, estaba ahí. Sobrerrelieve en el espacio de piedras y flechas. No había tiempo para mirar la historia...



La mortandad y la derrota cubren el campo. Salta hacia los suyos, corre, perseguido, pero rompe un nuevo escuadrón español y logra llegar, sucio de gloria, a dar orden al repliegue y compañía a sus llagas. No hay tiempo para mirar a los muertos...

Más tarde, delirante en manos de las machis, Tucapel reclamó a sus totem el destino del pueblo. Desgarrado, moribundo, enrostra a los espíritus, en la búsqueda final de una explicación, por qué el Nancu con sus alas vigorosas no hizo volar a sus hombres sobre las murallas

Oleadas de sus hombres se estrellaban contra el bastión del invasor. La primera fila de picas cortas había sido diezmada. Los lanceros, con sus coligües coronados de metal, saltaban las cercas cayendo en manchas dislocadas de furia y sangre.

Alonso de Ercilla, escribe y escribe, fotografiando el instante.

Honderos y arqueros cerraban el corto horizonte de la ofensiva araucana.

Tucapel se arroja al corazón del cuartel. Caer de pie en el centro de una flor de rodela. Herido, indomable, se bate a mazazos y no hay espada que lo derribe ni bala que lo detenga. García Hurtado de Mendoza y sus oficiales defienden la plaza a codazos con la muerte. Sólo unos pocos mapuches han logrado cruzar las bardas, siguiendo a Tucapel. No tiene tiempo para vivir...

Desde el mar viene el rumor, ascendiendo como ruido, como estruendo ensordecedor. Desde las naves habían descendido escuadrones y escuadrones intrusos para entrapar, entre fuerte y plaza, al contingente araucano.

Tucapel, en el patio del fuerte, jadea, suda, combate, la soledad en el centro del enemigo lo enardece. La vida puede irse por la puerta de cada estocada. Pero no. Avanza, castiga, cae y se levanta. Ignora que, atrapadas sus fuerzas, buscan, ahora, el asilo del bosque en una retirada inevitable. Alcanza Tucapel de nuevo lo alto y desde ahí ve la magnitud del desastre.

españolas. ¿Por qué desde el bosque no se multiplicaron las flechas? ¿Por qué cada árbol no caminó a aplastarles?

Y Alonso de Ercilla, escribe y escribe, rumbeando por otro camino, hacia la inmortalidad.

La hermosa Tegualda, hija del cacique Brancol, recorre el campo de batalla, aún humeante, para buscar entre los muertos al hombre que ama.

Tegualda ha caminado de la ribera del Itata para buscar a su amado. Examina, llorando, cada bulto y cada sombra.

Pone cara al cielo los cuerpos y limpia el barro y la sangre de los rostros oscurecidos.

Vaga así en el monte recordándolo, rasguñando su propio cuello, pidiéndole la muerte al Pillán, registrando en los arbustos, en la búsqueda terrible del desaparecido.

Tegualda-María, Tegualda-Carmen, Tegualda-Lota, Tegualda-Lonquén, Tegualda-Pisagua, las Tegualdas de las lluvias y del sol, rascan las noches y las auroras de los días nuestros por sus desaparecidos. Peor que los invasores, que sin batallas construyeron la oscuridad de cementerios clandestinos.

Todo el tiempo es para buscar y esperar.

¿Cómo está temblando de amor y pena Tegualda en medio de la lluvia y los copihues...!

¡La reconforta que la derrota de Penco no fue el final!

Pero si el público lo pide...

Fue por el año 1962, junto al Mundial de Fútbol, que comenzó a entrar en nuestros hogares. Le abrimos nuestras puertas, lo llevamos al centro de nuestros livings y hasta lo introdujimos en nuestros dormitorios. Acogimos al huésped con la hospitalidad que, según dicen, es patrimonio de nuestra cultura, y decidimos que se quedaría en nuestros hogares para siempre. Nada teníamos que temer: el nuevo miembro de la familia venía respaldado por su calidad de universitario. El nos proporcionaría entretenimiento y cultura, y hasta se ofrecería para ayudarnos en el cuidado de los hijos, haciendo las veces de niñera electrónica.

Han transcurrido treinta años desde que el televisor comenzó a instalarse en nuestros hogares y hoy, concluido el tiempo de la fascinación y del encantamiento, hay quienes comienzan a mirarlo con aprensión. Es cierto que nos ha traído momentos inolvidables, como el de permitarnos presenciar la epopeya del primer hombre que caminó por la superficie de la Luna; que nos ha informado y entretenido, pero que al mismo tiempo, ha ido introduciendo, subliminalmente, valores y conductas culturales que nos parecen ajenas o, quizás -y eso es lo más inquietante-, que nos han desnudado mostrándonos lo que efectivamente somos y no lo que pretendemos ser.

¿Cómo explicarse que personas que por ningún motivo se exhibirían públicamente leyendo un pasquín que explota la crónica roja, en la intimidad de sus hogares se solazan frente al televisor viendo a criminales relatar sus morbosas fechorías o se apasionan viendo programas de ficción donde la miseria humana se enseñorea?

¿Cómo conciliar la máscara de cultura y de sensibilidad que exhiben públicamente algunas personas con su adicción a programas de televisión en que se hace gala de chabacanería y mal gusto?

Tal vez la respuesta a estos interrogantes se encuentre en el hecho que las universidades tradicionales, el más alto exponente de la cultura, y el Estado, que representa o debiera representar el bien común, hace tiempo que dejaron de tener tuición sobre la televisión. El aparato electrónico que introdujimos en nuestros hogares se desligó de su barniz universitario para convertirse en un buen comerciante. Hoy, todo canal de televisión que se respete tiene un departamento de estudios, dirigido por ingenieros o sociólogos, cuya misión es detectar cuáles son las preferencias del público, independiente de toda consideración artística, ética o cultural. Ante cualquier reclamo, la respuesta es la misma que daba el mozo en un antiguo spot publicitario de una marca de vino: "Pero si el público lo pide..."

Somos injustos, pues, con el huésped que acogimos en nuestras casas al comenzar a mirarlo con actitud crítica y con suspicacia. El no es sino un espejo de nuestra sociedad, cualquiera que sea el juicio, positivo o negativo, que tengamos respecto de la televisión.

Se dice que los países tienen el gobierno que se merecen: lo mismo debería decirse de la televisión. Y con mayor razón.

Pero ante este razonamiento, surge necesariamente una interrogante que inquieta: ¿No estaremos nivelando por lo bajo? ¿No estaremos desperdiciando una extraordinaria herramienta para elevar nuestro nivel cultural?

* Dramaturgo.



¿Qué pasó mi capitán?

El lunes 7 de septiembre, aproximadamente a las 9:30, mientras me encontraba en el interior del taxi placa CN 4946 esperando a un pasajero (mi esposa), en calle Santiago Aldunate frente al N° 2923 (mi casa), detenido de poniente a oriente, se acercaron dos funcionarios de Carabineros solicitándome documentos del auto y personales. Poco después, me comunicaron que me notificarían al tribunal (antes verificaron por radio los dígitos en restricción) por estar estacionado al costado izquierdo de la calzada. De nada valió hacerles ver que sólo estaba detenido en espera, que la detención era en el sentido correcto del tránsito y que, finalmente, la calle estaba en sector

PALABRA DE LECTOR

residencial.

Mi sorpresa fue aún mayor cuando recibí la notificación. La causal indicada en ella por el cabo 1° Luis Guajardo Soto, de la 7ª Comisaría de Renca, Placa N° 1638, era: "Estacionarse en sentido contrario a la circulación del tránsito". El tenor faltaba absolutamente a la verdad, lo que fue comentado por vecinos del lugar, quienes no salían de su asombro.

Ese mismo día me dirigí a la comisaría para hacerle ver al oficial a

cargo lo arbitrario de la situación. En la guardia me hicieron esperar cuando solicité hablar con el mayor, cuyo nombre desconozco. A eso de las 17 horas, fui atendido por el capitán Torres, quien instruyó a un teniente para que las "motos" verificaran el sentido del tránsito en la mencionada calle. Si era de poniente a oriente, el parte quedaría en espera para que el mayor decidiera su posible anulación por estar mal extendido. A las 18 horas, en forma telefónica (equipo de radio malo) los funcionarios comunicaron que, efectivamente, el sentido del tránsito era el que había indicado al capitán. Debía volver al otro día.

El martes 8 me presenté en la guardia a las 9 horas, solicitando hablar con el mayor y explicando el motivo pendiente. Me indicaron que volviera más tarde. A las 10 horas, lo

mismo. A las 12 horas me volvieron a hacer esperar, hasta que por fin me atendió un funcionario quien me informó que el parte había sido enviado al juzgado y que no había ninguna solución. Todo esto, a las 14:30.

¿Qué pasó con la instrucción del capitán Torres? Debo presentarme el día 21 al Tribunal y cancelar la multa, con posible suspensión de licencia por circular "contra el tránsito". Y todo por una pretendida infracción que no corresponde, que es totalmente ajena a la realidad, y que no sé si fue cursada por desinformación o equivocación. En todo caso, creo que con un poco de voluntad se hubiese podido corregir.

Erasmus Enrique Astudillo Guzmán SANTIAGO

Sobre ferrocarriles

Agradezco en forma muy cordial los conceptos del editorial publicado bajo el título "El Renacimiento de los Ferrocarriles", en la edición del 4 de septiembre.

La solidez de los argumentos en que dicho comentario fundamenta su pleno apoyo al resurgimiento de la empresa es especialmente destacable, y otorga particular valor a las expresiones de adhesión con que el editorial celebra la etapa decisiva que Ferrocarriles está iniciando.

Enrique Méndez Velasco Gerente general FERROCARRILES DEL ESTADO